



## CAPÍTULO V.

### **El quinto misterio gozoso: El Niño Jesús perdido y hallado en el Templo.**

#### I.

**Q**UANDABA la ley que todos los hijos varones, tres veces al año, se presentasen en el Templo, y Nuestra Señora, fiel en la observancia de los preceptos, cumplía esta disposición. Acaeció una vez, cuando el Niño Jesús tenía doce años, que llevándole consigo José y María, en el tiempo de la Pascua, á visitar el Templo, á la vuelta, cuando ya estaban lejos de Jerusalem, observaron que les faltaba. No es difícil imaginarse las angustias de la afligida Madre, los temores que la dominaban y el sobresalto de que estaba poseída. Desde que le

nació el Hijo, las persecuciones, las amenazas y las huidas fueron su pan cotidiano; y el martirio cruel que el viejo Simeon le tenía profetizado daba base y apoyo á toda clase de tristes suposiciones. Por espacio de tres días le buscaron por todas partes, entre los parientes y amigos que volvian tambien de visitar el Templo, por los caminos y campos del país que habian atravesado, por las plazas y calles de la ciudad de Jerusalem donde venian. Mas Dios no se encuentra en la conversacion y trato de los amigos, ni entre el movimiento y concurso de las ciudades; Dios se encuentra donde está, en el lugar que ha elegido para su mansion y casa, en el templo. Allí, pues, encontraron al dulce Jesús, despues de buscarle por espacio de tres días José y María. La alegría de esta Señora en el encuentro fué tan grande, como habia sido su dolor en la pérdida. El Hijo de sus entrañas estaba en uno de los períodos ó épocas más hermosas de la vida; si casi todos los hombres en aquella tierna edad son hermosos, ¿cómo lo sería Aquel que es el más hermoso entre los hijos de los hombres, y es la misma hermosura de la cara de Dios? Allí, pues, sentado entre los sabios y

doctores de la ley está el hermoso mancebo, siendo la admiracion de todos por la discrecion y profundidad con que contestaba á los letrados, á quienes interrogaba y oía con toda sencillez y modestia. Sobre su augusta y pura frente brillaba la sabiduría, dando en aquella ocasion las primicias, no de su magisterio, porque aún no habia llegado la hora de predicar su doctrina al mundo, pero sí de aquella ciencia sublime que deriva del Padre de las luces. La humilde María le dirige la palabra al encontrarle en medio de aquella docta concurrencia, y le dice: «¿Qué es lo que has hecho, Hijo mio? Yo y tu Padre, llenos de afliccion, andábamos buscándote.» A lo cual contesta el amabilísimo Hijo, con cierta aparente rudeza, estas misteriosas palabras: «¿Por qué me buscábais? ¿No sabeis, por ventura, que debo estar donde se tratan las cosas que atañen á mi Padre?» José y María quedaron admirados con estas palabras; mas el Niño dócil y obediente les siguió, y fué con ellos á Galilea y á su ciudad de Nazaret.

En esta ocasion despide el primer rayo de luz, á los ojos admirados de los mundanos, la estrella de Jacob, que ha de iluminar la tie-

rra. Jesús es la luminosa estrella, que á este Patriarca fué prometida, para iluminar á su gente y nacion con los destellos de una sabiduría, que ilumina todos los misterios de la vida, y disipa todas las tinieblas de dudas y de errores en que la humanidad anda envuelta siempre que el sol de justicia, Cristo Señor nuestro, no la envia sus resplandecientes rayos. La sabiduría cristiana, maestra de la vida, guia segura hácia la eternidad, faro de salvacion en las tempestades del mundo y luz profética que nos revela los misterios del porvenir y las grandezas del mundo espiritual, invisibles á los ojos de la carne, tuvo su preparacion y comienzo en aquel templo de Jerusalem. Desde él Dios hablaba á los hombres, pero por medio de hombres; la verdad sólo se les comunicaba de la manera limitada que alcanza el hombre; mas en la plenitud de los tiempos debia aparecer sobre la tierra el verdadero Doctor y Maestro de los hombres, el Hijo unigénito de Dios, que con dignacion amorosa enseñaria á la ignorante descendencia de Adan el mismo secreto de la Divinidad. En aquel sagrado recinto donde brilló la luz de las enseñanzas de los profetas, debia tambien brillar la sabiduría del Salvador.

## II.

Mas sin necesidad de levantarte á estas alturas tienes, cristiano, en este misterio, profundas y sólidas virtudes que aprender. María te enseña los desvelos, la inquietud y desazon del alma separada de su Dios. Dios es la vida del alma, por lo cual, cuando el hombre se separa de Dios, siente angustias de muerte, sufriendo un malestar terrible, significativo de la extincion de las fuerzas vitales. Sólo en Dios hay reposo y descanso; y sin embargo, los ciegos mortales al sentir el malestar y la desazon del espíritu, en vez de buscar su remedio en el manantial único de la paz, en el Príncipe de la paz, como llamó el profeta Isaías á nuestro Señor Jesucristo; en lugar de beber, para templar su sed enfermiza, en las aguas saludables que brotan de las cinco fuentes de misericordia, que son las cinco llagas de Jesucristo, locamente alucinados se despeñan y arrojan en el turbio rio de los placeres y pasiones animales.

Somos tan locos los hombres, que en la disipacion buscamos el remedio que sólo se

encuentra en el recogimiento. Nuestro mal-estar proviene de la flaqueza espiritual; todo género de pasion, todo sufrimiento nace de ser el hombre poco señor de sí mismo, y entonces la recta razon nos enseña que en el recogimiento y trato con Dios encontrémos un suplemento á nuestra flaqueza. ¿Hasta cuándo los hijos de los hombres tendrán el corazon torpe y el entendimiento oscuro? Si Dios es el manantial de la salud y la felicidad ¿por qué la buscan en el bullicio, en la corrupcion y locura del mundo, enemigo de Dios? El templo es el refugio natural del cristiano, donde se encuentra la salud en las enfermedades del corazon, el refrigerio en los sufrimientos del alma, la reconciliacion con Dios y el perdon de los pecados. La misericordia de Dios en el dia de la tribulacion es, dice un santo, como una espesa y fresca sombra en los ardores del sol; allí reposa y se refocila el caminante de la vida. El templo es el lugar de la misericordia divina; por esto el hombre, envuelto en la misteriosa oscuridad de las iglesias, experimenta un inefable alivio y un consuelo sobrenatural, y es porque allí se siente á Dios. Sé pues amigo, cristiano, de frecuentar iglesias; recó-

gete con frecuencia en estos lugares de oración, y al perder la tranquilidad de la conciencia, si por desgracia el pecado ha manchado tu alma y has perdido á Dios, á imitación de la Virgen soberana vé al templo á buscarle, y allí le encontrarás que te está aguardando con rostro suave y dulce, y con los brazos abiertos para estrecharte contra su seno.

### III.

Otra interesantísima lección puedes tomar, alma cristiana, en este paso del encuentro de Jesús en el templo.

Es tan viciada nuestra naturaleza, que aún los mismos sentimientos rectos y nobles de nuestro corazón con facilidad se desvian y corrompen. ¡Qué más noble que los mutuos afectos entre hijos y padres, verdadera imagen de los vínculos de caridad divina que deben enlazar á los hombres con su Dios! Y sin embargo, con mucha frecuencia el amor de los padres con los hijos se extralimita, apasionándose hasta el extremo de ofender á Dios, y de amar más los padres á sus hijos que al mismo Dios. ¡Cuántos pa-

dres se condenan por el amor excesivo y desordenado que á sus hijos profesan!

Nadie más ordenado en sus afectos que la bienaventurada Virgen María. En su alma santísima todos los sentimientos estaban en perfecto equilibrio; el amor de Dios era el fundamento de todos los otros afectos, y la Ley divina la que regulaba hasta los latidos de su corazón. Los hombres, con extraviado juicio, hacen consistir la belleza del amor en su impetuosidad y en su abundancia; tienen por un héroe del amor á aquel que anda arrastrado por sus tumultuosas olas, como si el hombre pudiese alguna vez abdicar el señorío de sí mismo, y si la hermosura pudiese consistir en el desorden! El Niño Jesús al sentirse reclamado con vivas palabras por su Madre santísima, contesta dando la lección á los padres y á los hijos de que nunca los afectos y goces de familia les han de apartar del amor fundamental de Dios. Siempre que á nuestra corta inteligencia se le presenten en oposición el amor á los padres y el amor de Dios, éste debe prevalecer; el amor de Dios es la regla y medida de todos los demás afectos, de manera que debes tener por vicioso todo sentimiento que sea incompati-

ble con aquel; cuando los afectos de familia te lleven hasta al quebrantamiento del deber, es de justicia que los limites y sujetes á razon. Oye las divinas enseñanzas del Niño perdido: «Allí donde se trata de la gloria de mi Padre, allí estaré Yo, aún cuando mi Madre sufra el desconsuelo de tres dias de separacion.»

Ante un ejemplo tan claro y persuasivo, jamás, de aquí en adelante, vaciles en sacrificar, si así conviene, los más dulces afectos de familia en aras del aumento de la gloria de Dios.



## CAPÍTULO VI.

**El primer misterio doloroso: La oracion y agonía de Nuestro Señor Jesucristo en el Huerto.**

### I.

**A**NTES de entrar en la sangrienta batalla de su Pasion, quiso Nuestro Señor Jesucristo prepararse por medio de una oracion larga y fervorosa. Sabiendo que debia ser entregado por su traidor discípulo Judas á sus enemigos, ya entrada la noche se fué con los Apóstoles á un huerto algo apartado y muy solitario, donde solia con mucha frecuencia retirarse para orar. Jesús fué muy amigo de la oracion nocturna, por lo cual la Iglesia la ha perpetuado entre sus hijos predilectos, los monjes y demás contemplativos. Dejó á sus